

El lugar*

Los viernes me iba a casa temprano, librándome del trabajo hasta el lunes. Después de tantos años de servicio en la agencia noticiosa, creía merecer esos descansos que me salvaban de la rutina informativa cuando el país y el mundo estaban más o menos tranquilos. Nadie en la agencia había observado la "oculta compensación" resuelta por separado como una forma de paz conmigo mismo. Pero en los últimos tiempos las cosas habían cambiado, no de una manera evidente, sino en las sutilezas de un nerviosismo que parecía contagiarse de las máquinas a las personas. Lo cierto es que, sin darnos cuenta, permanecíamos allí el día entero y ya no recuerdo el viernes como el principio de un largo fin de semana en el que uno empieza a vivir otro tiempo y otros sueños.

Hay cableros de vacaciones y pantallas de sobra para absorberle a uno la vida cuando está pendiente de las terminales que difunden sin tregua las noticias del planeta. Al margen de lo inmediato, el mundo y el pasado acechan desde las redes informativas con el asombro de una virtualidad sin límite y sin tiempo. Al concentrarse en la lectura, el operador olvida toda noción del presente y termina obnubilado por el caudal incesante de datos, voces e imágenes.

Yo ya empezaba a sentir los trastornos del cansancio: dormía mal, comía peor y, como en un delirio, equivocaba la secuencia de los sucesos y los lugares, o, lo que es peor, cuando lograba irme a casa, bien entrada la noche o con la primera claridad de la mañana, me acosaba el sentimiento de haber olvidado o equivocado algo, y regresaba como un autómata a comparar la realidad de los hechos con los espectros virtuales.

- Véngase conmigo al campo –me había dicho Juan Cruz Vidal al verme con los nervios de punta-, nada se gana con estar en vilo frente a las pantallas. En este mundo absurdo las cosas pasarán sin que nos consulten, puede creerme...

No se equivocaba mi amigo rural, pacificado su espíritu por los celajes de La Enramada, en tanto yo me consumía de ansiedad y me intoxicaba con sobredosis de café, anticipando quizá en años el colapso de mi corazón aprensivo.

Entonces resolví hacerle caso y ya me iba cuando no pude evitar preguntarle, "por las dudas", a Luis Guma, uno de los cableros:

- ¿Hay algo nuevo?

Sentado frente a su pantalla, él apenas se dio vuelta por cortesía y, apuntando a la computadora, dijo:

- Acaba de llegar un cable. Dice que en el CERN están experimentando con el tiempo. Hasta donde entiendo, parece que quisieran cortarlo en pedazos...

Por instinto profesional me acerqué a Guma para leer el cable de *Reuters* por encima de su hombro.

- No sé si alguien puede quebrar el tiempo como si rompiera un espejo de un hondazo, ¿entendí bien?

- Sí.

- El trascendido puede ser falso.

- Pero también pueden estar tramando algo, una nueva arma. No se fíe de los científicos.

Guma enderezó el cuerpo hacia la pantalla, cruzando las manos en descanso frente al teclado de su máquina. Yo seguí de pie junto a él. Con su modo bonachón había logrado intrigarme. Los muchos años transcurridos en vilo al frente de la agencia me han vuelto suspicaz y, aunque el mundo está más calmo, no he podido recuperar la serenidad.

- Esperemos a ver si amplían -dije.

El texto quedó fijo un rato. Después pasó al archivo, dando lugar a una detallada información meteorológica.

- ¿No será éste el tiempo al que se refería el cable anterior?

- No, estoy seguro de que hablaba del tiempo meridiano.

- Bueno, voy a esperar un poco en la sala de imágenes, a ver qué pasa.

- Si viene algo más lo llamo.

Así fue el principio de una guardia larga, monótona y estéril.

El destello de los aparatos me adormeció. En la pausa recordé viejas historias comunes. Muchas emergencias habíamos compartido con mis colegas en estas salas. Sumido en la ensoñación, me pareció escuchar el rasguído de las teletipos durante lo peor de la guerra fría: la espera sobresaltada cuando el destino del hombre se jugaba a capricho de esa rivalidad. Cosas de antaño. Ya no existen los bloques de naciones enemigas ni las ruidosas teletipos. Nuestra sala de cables parece una silenciosa pecera y, sin darnos cuenta, nosotros mismos nadamos en las ondas eléctricas como peces.

Sacudiéndome con suavidad de un hombro, Guma me despierta.

- ¿No es que se iba al campo?

Con un hondo bostezo abro los ojos y estiro las piernas.

- Caray, me quedé dormido. (Miro el reloj). Las seis menos cuarto ya. Se me ha hecho tarde.

- Le traje un café para que se despabile.

Me endezco en el sillón y recibo la taza de café humeante que Guma me ofrece.

- Y bien que lo necesito. Me espera un largo camino.

Él acerca una silla, se sienta y sonrío por encima de su taza, mientras se la lleva a los labios. Sus ojos, de un azul lacustre, se ven cansados e irritados. Así se verán los míos.

- No sabía si despertarlo. ¿Descansó un poco?

- Sí, ahora me siento mejor.

- No se demore entonces. (Guma paladea el café recién hecho). Ninguna novedad –comenta-. El asunto del tiempo se ha esfumado como un rumor.

- ¿No le dije?

- Sin embargo me pareció...

Termino de tomar el café, repasando en silencio la noticia que tanto me había inquietado. Luego venzo la cómoda inercia del sillón y me levanto.

- Miremos a ver si hay algo más.

Pasamos con Guma a la sala de cables. Él vuelve a sentarse frente a la pantalla. La máquina descansa en un programa de formas geométricas que evoluciona lentamente, coloridas y danzantes, en un juego vistoso de luces y cadencias que los artistas cinéticos de los años 60 hubieran envidiado. Guma llama la información. Nada. El asunto del tiempo se ha desvanecido. Me quedo frente al parpadeo de la pantalla.

- Lo dudo –digo, en un ejercicio de suspicacia, como si quisiera agarrarme de algo diferente después de tantos meses vacíos-. Ahora no sabemos dónde está el peligro ni en qué consiste.

- ¿Usted cree que pueden alterar la vida? -pregunta Guma con cierta ingenuidad.

- No lo sé. Algún mérito ya hemos hecho. ¡Si hasta las estaciones del año vienen cambiadas! Sólo falta el golpe de gracia sobre el tiempo.

Sin apartar la vista de la pantalla, como si quisiera obligarla a revelar un acertijo, o tal vez inducido por algo que le he dicho, Guma pregunta:

- ¿Qué ocurriría si el tiempo calendario se astillara como un espejo?

Me paso la mano por la barba crecida, buscando en mi fantasía una respuesta creíble.

- Supongo que la secuencia de los años también se quebraría... En lugar de una historia única tendríamos muchas, países vecinos en diferentes edades, no sé... un calidoscopio.

Guma sondea los archivos. La pantalla electrónica desliza sus ondas de escritura en silenciosa cascada. Me quedo un minuto más, pensando que el genio de la perversidad puede hacer letales los recursos disponibles. Enloquecido el tiempo, se podría esperar cualquier sorpresa –me digo-. ¡Qué difícil es volver al optimismo de los años felices, si alguna vez los hubo, si no son más que una ilusión, los de entreguerra, la "belle époque", los "años locos", una sombra, un humo en la memoria de nuestro siglo!

Lo que deba suceder, sucederá... La evocación del hablar sentencioso de mi amigo da una respuesta y me recuerda la promesa de visitarlo el fin de semana. Resuelto a no perderme el descanso en el campo, aunque sólo sea por un rato, descuelgo la bufanda del perchero y le digo a Guma:

- Lo dejo por un par de días.

- Vaya tranquilo.

- Espero que no pase nada malo.

- Si pasa le avisaré -dice sin volverse.

Pensando en Juan Cruz Vidal, en su serenidad campestre, en los años de hierbas, rocíos y mugidos que ha echado sobre su formación universitaria y su vivencia urbana, hasta convertirse en un rústico vigoroso y apacible, le contesto:

- Sería inútil, en La Enramada no hay teléfono ni computadora; ni siquiera una radio a pilas que recuerde nuestro mundo en crisis. Tendría que hacerme señales de humo.

- Entonces ya está fuera de tiempo –dice Guma.

Por última vez veo su perfil recortado contra las líneas de escritura de la pantalla. Me parece verlo sonreír en la penumbra, suponiendo que no soportaré

un fin de semana en el retiro bucólico. Al ponerme la bufanda, veo la hora y el calendario, las seis de la tarde, un seis de junio –el mes sexto-, una simetría del tiempo que tal vez presagie algo bueno a la humanidad, a mi. O no... ¿Quién sabe?

Me acomodo en el asiento del auto, enciendo el motor y lo dejo regular hasta que se calienta. El tránsito abarrotado de los viernes demora mi salida a la ruta, pero a medida que me alejo de la ciudad, los nervios aflojan tensiones y mi mente reposa en la saludable concentración de conducir hasta las afueras.

La noche se insinúa ya en la tierra disciplinada de las quintas suburbanas. Pronto la oscuridad trepará de un salto a la copa de los árboles. La imagen me recuerda una frase de Víctor Hugo, rescatada intacta del manto del olvido de mis lecturas juveniles: *Es mala locución la de "cae la noche"; debería decirse "la noche sube", porque la oscuridad viene de la tierra.* Mientras observo el alargamiento de las sombras en el camino, la recta opacidad del asfalto, intento recordar sin lograrlo el nombre del libro donde lo he leído.

La Enramada no quedaba tan lejos, ciento veinte kilómetros, una hora y media de marcha, pero el último tramo, de unos cincuenta kilómetros, era por caminos de tierra que yo desconocía, torciendo aquí y allá en las vueltas de los callejones.

- Si presta atención no puede perderse –me ha dicho Vidal-. La primera vez no parece tan sencillo, pero usted siga mis instrucciones y viaje de día.

A su mapa, hecho de mano firme con lujo de detalles, lo había olvidado en la agencia. Yo iba, pues, a ciegas y entraría de noche en el laberinto de caminos vecinales, confiando en la sola evocación de un dibujo y de una voz que mencionaba un molino, un árbol, una casa, en el trazado fantasmal de curvas y contracurvas. En fin. Ya estaba en marcha. Aceptaría el riesgo. *Si me pierdo puedo preguntar.*

El último tramo del pavimento lo anduve solo. No reparé en esto hasta después. Me había prometido no encender la radio. Debí prenderla en un ademán reflejo, pues me di cuenta de que estaba funcionando al oír los chillidos y rezongos de la onda corta mal sintonizada. No creí haberla pasado a esa banda. Al pulsar el primer botón de sintonía no hubo cambios. Tampoco respondieron el segundo ni el tercero. Continuaban las disonancias. De pronto pareció escucharse la voz angustiada de un boletín, pero no pude atraparla, se sumió en la marea de estridencias. Usé la función de búsqueda para barrer el dial: no hubo cambios. Extrañado, pasé a otra banda. Lo mismo. *Se habrá descompuesto.* Probé con la onda larga. Las estaciones silbaban, crujían, rechinaban, disgregadas en esa batahola cósmica. Al girar la perilla por última vez para apagarla, vi mi

mano incandescente, de un color rojizo que variaba al violeta. Entonces advertí que todo el aire se estremecía, saturado de púrpuras en las efusiones de un crepúsculo inaudito. El sol parecía desintegrarse.

Detuve la marcha. Era como si el mundo ardiese, fulgurando en los colores cálidos del espectro, fundiéndose en las vibraciones de rojos, anaranjados y amarillos, detenido el tiempo en el colosal incendio del aire, en cuyos reflejos nada se oía ni se movía; y no era el sol, oculto ya bajo el horizonte, sino todo el firmamento desangrándose en desaforadas emisiones de luz.

Sin darme cuenta había bajado del auto y contemplaba la bóveda ardiente, quieto en la soledad del camino, sobrecogido por el aspecto descomunal del cielo. No sé cuánto duró el insólito fenómeno. Por momentos tuve miedo. Pensé en los signos del Apocalipsis, en el espanto de las profecías. ¿Acaso era el único, el último testigo del estallido del mundo?

Después, la idea de estar contemplando una aurora boreal, me tranquilizó. No importaba que no fuera ésa una latitud apropiada para semejante manifestación celeste; cosas extrañas habían ocurrido en lugares impensables. Díganlo si no las encuestas de Charles Fort.

Gradualmente la luz fue cediendo. En el reflujo de la claridad, las tintas viraron a los grises, quebrándose por último en los pardos del atardecer, hasta que unas ráfagas de viento apagaron los candiles del crepúsculo y se hizo noche cerrada.

A tientas, aventurándome en la boca de lobo densa de sombras, volví al auto como pude, tropezando, aturdido, receloso, temblando de frío. Esperé un rato hasta serenarme. Me impresionó el silencio. No se oía el concierto de los pájaros al disputar sus lugares en la copa de los árboles, ni el hipo de los sapos en los zanjones, ni el timbre de los grillos. Sólo el viento silbó un rato en los vidrios hasta calmarse.

Cuando el calor me volvió al cuerpo encendí el motor, probé los faros y me puse nuevamente en marcha, arrepentido de haberme embarcado en esa aventura, pero indeciso para dar la vuelta y desandar la ruta. Poco más adelante pasé el mojón de los ochenta kilómetros y en la primera calle doblé a la derecha, abandonando el pavimento. Perdida la noción del tiempo, amortiguadas y frenadas las ruedas del auto por la tierra suelta del camino, avanzaba despacio como un cometa fantasma hacia formas que se insinuaban y desaparecían en los conos de las luces altas.

Al avistar un molino creí recordarlo como la primera referencia que me indicaba doblar y así lo hice. Después fue un árbol añoso. Más adelante un brete

blanqueado. Luego un callejón estrecho, tendido rectamente hacia una luz que al cabo no resultó un farol como esperaba, la señal de llegada, sino una estrella ascendente por la curvatura del cielo nocturno. Dejé pasar todavía un rato hasta confesarme que andaba perdido en medio del campo y sin orientación posible. No soy hábil en descifrar constelaciones y, faltándome la luna, ignoraba dónde situar el Este o los otros puntos cardinales. Imposible volver, inútil continuar; ya llevaba demasiado tiempo andando. Tenía la sensación de haber recorrido kilómetros, mucho más de la distancia a La Enramada.

Me disponía a detener el auto para pasar la noche adentro, cuando avisté luces diferentes a las esterales, luces *humanas*, bajas, amarillentas, oscilando al ras del horizonte. En procura de ellas logré vencer mi desánimo y al rato me encontraba en los alrededores de una población.

No era (ni podía ser) desde luego, una ciudad, en esos parajes, sino un pueblo de campaña, un caserío chato y disperso entre huertas y tambos, en el bostezo de los corrales, en el nudo de los días.

Me sorprendió la luz eléctrica, las calles asfaltadas, los anuncios de un cine. Pregunté por la estación de servicio a una chica que paseaba un perrito. Mediante sus indicaciones pude llegar sin tropiezos. Quedaba cerca.

La estación de servicio está a media luz. El cielorraso, las paredes, los surtidores blancos, le dan el aspecto amortajado de las casas antiguas cuyos muebles se enfundaban para protegerlos del polvo, cuando se partía por un largo tiempo.

- ¿Carga súper? -pregunta el dependiente, corporizado de entre las sombras con su mameluco también blanco; un tipo rubio, ajado, de grandes manos terrosas.

- Sí, llene el tanque.

En el juego de las semejanzas a que me dispone el lugar, la noche o tal vez sea fatiga, reconozco en el empleado el aspecto físico y hasta los modales de un amigo mío, sólo que éste es más viejo, trabajado por los años como si el original hubiera sobrevivido a la enfermedad que lo mató. Es demasiado. Para sustraerme a la fantasmagoría le pregunto dónde queda el escusado. Me lo dice y la voz que me acompaña es, lo juro, la que recuerdo del otro, del muerto.

En la remota limpieza de los artefactos cuarteados por el uso y la grifería pulida por decenios de fregados, dejo correr el agua fría y me lavo la cara,

refrescándola en abundantes abluciones para despejar la modorra y diluir el sueño.

Vuelvo a los surtidores de mejor ánimo, la piel colorada y tirante. El hombre me observa con curiosidad pero sin sorpresa. (¿Sabría de antemano que en algún momento yo iba a llegar?) Pero la semejanza entrevista ya no es tal. Su boca estirada en una sonrisa ambigua, sus ademanes lentos, su mirada hueca, rehúyen ahora la memoria de mi amigo.

- ¿Cuánto cargó?

- Quince litros.

- ¿Nada más? -pienso en voz alta. A juzgar por el consumo de mi coche, no he recorrido tanta distancia. Él no me oye.

- ¿Le miro el agua?

- No, está bien.

- ¿Las gomas?

- No, gracias.

Quiero seguir cuanto antes para no encontrar a Juan Cruz Vidal en el tercer sueño. Mientras pago, pregunto al mameluco:

- ¿El campo La Enramada queda por aquí?

Él me entrega el vuelto mientras piensa; le doy una buena propina para que piense más rápido, pero es inútil, mientras ordena sus datos demora las respuestas. De pronto arranca, se para en la esquina y apunta con el brazo estirado:

- Siga por aquí seis cuadras, después doble a la derecha y déle adelante diez cuadras, cuando el camino se *tape* doble a la izquierda y métale dos leguas por el callejón que lo deja en La Enramada –dice de un tirón, como si recitara una lección escolar, sin vacilaciones, modulando una voz grave y metálica.

Dédalo hubiera estado más contento al recibir las instrucciones de Minotauro. Iba a pedirle papel y lápiz para hacer un croquis, pero desisto y vuelvo a ponerme en marcha, confiando en no olvidar los datos. Y procuro hacer lo que el tipo me indicó, tanto para allá, tanto para el otro lado. Después de andar un rato me doy cuenta de que debo haber perdido el rastro: acabo en el patio de un edificio enorme y siniestro, frente a un muro de ladrillos enmohecidos. No se ven luces en las ventanas enrejadas y el mutismo de la oscuridad hace presumir el

acecho de fuerzas malignas que custodian un asilo o una cárcel. Retrocedo en busca de las luces del pueblo.

La plaza mayor y las calles del centro están bien iluminadas. Hay negocios abiertos, pero nadie pasea. Mi auto es el único en marcha, los de allí están estacionados junto a los cordones y sus dueños ausentes. Un forastero dando vueltas sin parar debe notarse. No me gusta la idea de hacerme sospechoso. Al fin y al cabo, sólo quiero salir de aquí.

Paro frente a un quiosco de revistas. La puestera está sentada tras una pantalla de tapas multicolores; apenas veo sus cabellos entrecanos por encima de los impresos.

- Estoy desorientado –le digo-. No soy de aquí y necesito seguir viaje. Busco el camino al campo La Enramada.

La mujer se para bostezando. Alta, corpulenta, madura, obsequiosa, de fuertes ademanes, dice:

- No, vea, no sé.

- El dueño del campo se llama Juan Cruz Vidal. ¿No le suena?

Niega con un movimiento de cabeza.

- No, para qué voy a mentir. ¿Preguntó en la estación?

- En la estación de servicio ya estuve, me informaron mal –digo, fastidiado por la pérdida de tiempo (como si en esa situación el tiempo importara algo).

- Yo decía la estación de trenes.

Me indica el camino de un modo preciso y amable, su mano abierta en mi espalda empujándome hacia el auto para que me vaya.

Por más que la busco, la estación ferroviaria no aparece. Tal vez no me haya dado cuenta; estará cerrada y a oscuras. En la penumbra de otra plaza avisto una parada de taxis. Me detengo en doble fila.

- Está mal parado –rezonga una voz huraña.

- Sólo un minuto.

Bajo del auto y encaro al taxista, un gordo de bigotes, desprolijo, guarango.

- Estoy de paso, busco la salida del pueblo, tengo que llegar esta noche al campo de un amigo. ¿Ha oído hablar de La Enramada?

Gira la cabeza en el cuello grueso y fofo, cambiando su actitud hostil por un gesto más cordial, aunque siempre distante.

- Vea, don, yo estoy aquí desde hace poco y obligado por las circunstancias. Alguna vez oí hablar de ese campo, pero no sé dónde queda. Debe estar lejos, usted no podrá llegar a ningún lado si desconoce el camino y menos de noche, ¿eh? Tómelo con calma. ¿Por qué no se va al hotel, descansa y mañana sale temprano?

A pesar de su buena voluntad, no me gusta que me aconseje.

- Me están esperando. Si no llego hoy se van a preocupar.

Le escucho decir por lo bajo algo que no entiendo, sin convicción, agotada su veta solidaria. Me da las señas para llegar hasta un paso a nivel.

- Pare en la casilla de señales y hable con el guardabarreras. Él debe saber, él es de aquí. Dígame si quiere que lo manda el Gordo.

Luego de andar un rato en busca del improbable guardián, el solar del cementerio me corta el paso. Me detengo frente a la delicada forja del portal de hierro. Por encima de los muros, en medio de cruces, cúpulas y cipreses, me espían los ángeles. Las criaturas celestiales esculpidas en mármol y granito, no son menos amables que las otras en sus gestos melancólicos y helados, pero prefiero la vecindad de los trasnochadores del pueblo a las alas desplegadas y a las trompetas de los querubines funerarios.

Una y otra vez vuelvo sobre mis pasos y hallo gente dispuesta a contestar mis preguntas con una mezcla de gentileza y recelo.

- No, señor, disculpe, yo tampoco soy de aquí, no puedo orientarlo, pero vaya y pregunte al sereno de la plaza; él es del lugar...

En la trama secreta de la noche interminable y llena de presagios, sin sueño, sin cansancio, como si la prueba de recomenzar me diera fuerzas, marchó siguiendo instrucciones que no llegan a nada. Hasta que un río profundo, crecido, de aguas turbulentas, me corta el paso, y no hay un vado practicable, ni balsa, ni barquero que aseguren el cruce. Imposible seguir.

En la espera desalentada y larga como la noche frente al río, me vienen a la memoria las aprensiones de Guma, el fenómeno contemplado al atardecer y, como iluminado por el mismo resplandor, me doy cuenta que el pueblo no ha existido antes ni existirá después; que todo apunta a retenerme en este lugar, en esta trampa sin edad, donde el pasado y el futuro consuman un único y eterno presente por obra de una imperiosa mutación del tiempo en la que yo y tantos otros hemos entrado para no salir jamás.

José Luis Vittori

(Cuento del libro "El tiempo y los sueños". Santa Fe. 2000.)

www.joseluisvittori.com